

BB-659

Fors sacent de Borja



LA LEPROSA



N.º 25

REVISTA MENSUAL

ÓRGANO DE LA

Colonia-Sanatorio Regional

— DE —

San Francisco de Borja

PARA LEPROSOS

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN

VALENCIA: Tipografía Moderna, Avellanas, 11

Precios de suscripción: un año, 1'50 ptas.

Valencia 8 de Julio de 1906

A María
Inmaculada
en su
año jubilar
los
leprosos de
España

Consolatrix afflictorum
o. p. n.

¿Conviene que venga Mad. Pinnelli para curar los leprosos de la región valenciana?

Con sólo ver los retratos de los tres enfermos tratados por dicha señora y publicados en nuestro número anterior, queda contestada la pregunta; pero la Junta del Sanatorio, que nunca ha querido proceder de ligero, deseosa de hacer el mayor bien posible á los desgraciados leprosos, pidió parecer á la ciencia, y los distinguidos especialistas Sres. Zuriaga, Slocker y Guillén manifestaron la *conveniencia de ampliar las experiencias con nuevos enfermos, procurando evitar toda clase de obstáculos al nuevo tratamiento, á fin de poder mejor comprobar su valor y formar juicio exacto de la bondad del método sometido á su dictamen.*

Con el fin, pues, de cumplimentar consejo de tanta autoridad, el día 26 del pasado Junio tuvo lugar en el Palacio arzobispal, y bajo la presidencia del Excmo. Sr. Arzobispo, una asamblea de Patronos del Sanatorio, en la que por unanimidad se tomaron los siguientes acuerdos:

Primero. Nombrar una comisión que se entienda con Mad. Pinnelli, á fin de conseguir su venida á España para continuar practicando en el Sanatorio nuevas experiencias durante un año, á fin de conseguir, con el alivio de los leprosos, proporcionar á la Medicina medios de observación suficientes que permitan algún día llegar á conclusiones definitivas sobre la bondad del método empleado por dicha señora.

Segundo. Recabar del Gobierno, Diputación y Ayuntamientos, apoyo material para atender á los enormes gastos que supone la curación de los enfermos que desean ser tratados en el Sanatorio, y

Tercero. Emitir acciones reintegrables, como anticipo para terminar las obras necesarias en Fontilles para la curación de enfermos.

Ahora sólo falta que la experta doctora acceda á los deseos de la Asamblea y venga á practicar, durante un año, curaciones de leprosos en el Sanatorio.

Nuestros lectores, por cartas publicadas en esta Revista, saben que desde un principio la invitamos á que nos facilitara el medicamento

que tan maravillosos resultados produce, y que no pudimos conseguirlo por considerar dicha señora que su método de curación debe legarlo á sus hijos. Es, pues, de absoluta necesidad, para hacer el bien que la Junta del Sanatorio se propone, convenirse con Mad. Pinnelli y empezar cuanto antes á librar al mayor número posible de leprosos del aflictivo estado en que se encuentran.

Lo más notable del caso es que, siendo el tratamiento local, los enfermos, después de sustituidos sus tubérculos y úlceras por cicatrices, las anestias parciales que conservan vayan desapareciendo y recuperando fuerzas á medida que pasa el tiempo. Y nos llama esto la atención, no porque el tratamiento local no haya sido ya ensayado por leprólogos tan eminentes como Besnier y Vidal en el hospital de San Luis de París, valiéndose del termocauterio y galvano-cauterio, no; sino porque la mayoría considera que la lepra es producto de una infección general, y por lo tanto que el tratamiento, para dar buenos resultados, ha de ser también general.

Nosotros, aunque profanos en el arte de curar, creemos que la lepra empieza por ser una enfermedad local que luego se generaliza. En el Japón, por ejemplo, donde los campesinos van descalzos, las primeras manifestaciones leprosas aparecen casi siempre en los pies; luego de formados los primeros tubérculos cerca de la piel y en las partes menos protegidas (cara, pies, manos), esos tubérculos infeccionan los puntos de vecindad, emigrando los gérmenes á través de los vasos sanguíneos y linfáticos y formando colonias allí donde encuentran alguna resistencia á su marcha y adelanto. Y nos fundamos para opinar así, en el conocimiento que tenemos de un caso de sífilis curado por una eminencia francesa extirpando el chancro sífilítico, con lo que el mal desapareció y el paciente quedó libre de la generalización de la sífilis, que indudablemente hubiera invadido todo su organismo. Siendo, pues, la lepra una enfermedad que tantas veces se ha confundido con la sífilis, bien puede considerarse perfectamente curable con el tratamiento local, extirpando tubérculos y cicatrizando llagas.

Sabido es también que muchos leprosos

mueren, no de lepra de las entrañas, sino de tuberculosis pulmonar; lo cual se explica por la debilidad y prueba la resistencia del organismo en la lucha contra el germen de la lepra que tarda en dominarlo muchos años.

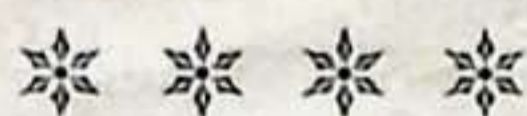
Pero sea lo que quiera, que eso ya se encargarán de aquilatarlo los hombres de ciencia, la Junta del Sanatorio tiene el deber de procurar buscar por todos los medios posibles el bien de los enfermos leproso mirando siempre á lo alto, que es en donde puede encontrarse la recompensa de las acciones meritorias, pues sabido es de todos que las calles de Londres presenciaron el apedreo del inventor de la vacuna, y eso que hay pocas cosas que el hombre haya descubierto de resultados más positivos para el bien de la humanidad.

D. Jaime González Castellano lo dijo en la Asamblea: Como médico hubiera deseado que el procedimiento y medicinas empleados por Mad. Pinnelli fueran de todos conocidos, pero como hombre de corazón y amante del Sanatorio, estaba dispuesto á prestar su concurso á la Asamblea y á la Junta para conseguir el alivio positivo que reconocía habían obtenido los tres enfermos sometidos al tratamiento de la doctora francesa.

Animémonos, pues, todos á trabajar, recaudando fondos y colocando acciones, á fin de que pueda ser un hecho la venida de Madame Pinnelli, pues una vez entre nosotros, con la ayuda de Dios y el consejo y dirección de los Sres. González, Slocker, Guillén y Zuriaga, es seguro que nuestro Sanatorio podrá llegar á ser el primero del mundo por su importancia científica, por los resultados prácticos que se obtengan y por las bendiciones de los pueblos que, ansiosos, esperan se convierta el proyecto de la Junta en hermosa realidad.

¡Adelante por Dios y por los pobrecitos enfermos!

M. G.



Las dos miradas de Sta. Isabel

I

Se encontró al leproso camino de la iglesia. El desdichado le cortó el paso pidiéndole una limosna, y ante sus llagas repugnantes la joven-

cita sintió correr por sus venas un calofrío y levantarse en su pecho una llamarada de indignación.

—¿Por qué consentirán estos pobres en las calles?

Toda su soberbia de damita linajuda, acostumbrada al desprecio de la plebe y no concluida de domar por su espíritu cristiano, se le despertó de improviso. Se creía con derecho á no soportar semejantes espectáculos, á que no se turbase su reposo. Allá los médicos y las Hermanas de la Caridad se las arreglasen con tan monstruosos enfermos en los hospitales. Ya contribuía con su óbolo al sostenimiento del de la población de su bolsillo particular, sin perjuicio de lo que sus padres, los señores marqueses, aportaban á tan santo fin.

No dejó, sin embargo, de socorrer al leproso; pero le dió la limosna con enojo, bruscamente, sin detenerse, ordenando á su doncella que apretara el paso, y alejándose sin mirarle entró en el templo y se arrodilló en su silla-reclinatorio, disponiéndose á rezar. Lo que no consiguió como de ordinario. La silueta del mendigo enfermo no se borraba de su mente, y la oración no acudía como de costumbre á sumirla en su éxtasis profundo y dichoso. En vano procuró recogerse y aislarse, y desolada, sin comprender la causa de su distracción, levantó los ojos y los clavó en el altar mayor.

Presidía éste, detrás del Tabernáculo, un grande y hermoso fresco que representaba á Santa Isabel, reina de Hungría, curando á los leproso. La aristócrata tenía particular devoción por lo duro del sacrificio que ponía de relieve: una soberana humillándose y exponiendo su vida por el prójimo, dando la prueba mayor de humildad que cabe imaginarse, y admiraba además la obra, como perita en cosas artísticas, por el mérito de la pintura. Cuando aquella mañana clavó su vista en el fresco, á punto estuvo de lanzar un grito. ¡No se engañaba, no! ¡No era alucinación de sus sentidos! La Santa y reina apartaba sus ojos del enfermo á quien estaba lavando y se los dirigía á ella con una mirada tristísima, llena de pesadumbre, de profundo dolor, en la que se adivinaba el temblor de las lágrimas.

La aristócrata se quedó aterrada, cerró sus ojos para no ver la mirada de la Santa, se dijo

que estaba loca, que soñaba, quiso agarrarse como una tabla salvadora á la oración; pero el rezo, su paz bendita, siguió sin descender sobre su espíritu. Volvió entonces á contemplar el fresco, y la misma mirada triste, llena de lágrimas, continuaba cayendo sobre ella como un reproche mudo, pero elocuente. Y rompiendo á su vez en un llanto mudo y silencioso, sin sollozos, ocultó la aristócrata su rostro entre sus manos, balbuceando desolada, sin aliento:

—¡Perdón! ¡Perdón!

II

Estaba el hospital enclavado en tierra levantina, en esa extensa y risueña faja de terreno que baña el Mediterráneo con su gran sábana de agua tersa, y que merece, no menos que su prolongación francesa, el gráfico dictado de costa azul. Blancos eran los lisos muros de sus fachadas, verdes sus persianas y rojas sus tejas, y aquella triple nota de color, fresca y vivísima, bruñida por el sol fuerte, daba al edificio singular alegría, que completaba la mancha intensa de un ondulante palmar rodeando la aislada casa.

Nadie hubiera sospechado allí dentro, en aquella fábrica blanca, roja y verde, que parecía levantada para el honrado goce de la vida en un medio tranquilo, que ocultara, en vez de la alegría sin preocupaciones, el más grande y acerbo de los dolores humanos. Porque aquel edificio no sólo era un hospital, sino que lo era de leprosos, de esa horrible enfermedad que se apodera de la piel y la corroe y la destruye, borrando las graciosas líneas que á Dios le plugo dar al cuerpo del hombre, y en torno de la cual se hace el vacío, huyendo del que la padece, si es que no se le apedrea como en los tiempos bárbaros, al igual de un lobo escapado de los montañosos breñales. Pero para consuelo de los abandonados, de todos los que sufren el aislamiento, hay una cosa santa que se llama caridad y un código divino y eterno que se denomina obras de misericordia, y una y otro habían abrazado aquella casa sonriente y apacible; en que unas pobres mujeres llenas de abnegación, fuertes, con sus tocas blancas, su amor al que gime y su fe en el Todopoderoso, luchaban contra la temida dolencia sin repugnancia á las llagas y sin miedo al contagio.

En aquella casa, ante su amplio portalón de cancela de hierro labrado, fué donde se apeó de un carricoche chirrión, de la clásica tartana de pajoso toldo, tirada por un caballito ligero del país, la Hermana Asunción, que, concluido su noviciado, se disponía á emprender valerosamente su camino de martirio, llevada de una abnegación decidida y de un firme espíritu de sacrificio. Desde la Hermana portera á la Rectora, á todo el mundo chocó su excesiva juventud, más acentuada por su rostro animado, y un pensamiento de simpatía la acompañó desde que pisó los azulejos del umbral. Seguramente no pasaría de los veinte años, y su rostro blanco, de rubia, resultaba más albo dentro de la inmaculada toca que se lo ceñía. Y chocó en su mirada, mirada dulce de ojos azules, llena de castidad, una singular firmeza que delataba la verdadera vocación. Preguntó en seguida si había muchos enfermos. En los instantes en que esperó á que la Rectora la recibiera estuvo enterándose de las condiciones del hospital, de su movimiento, de su vida, y se enteró con tal anhelo y tal impaciencia de correr á sumarse en el número de las Hermanas encargadas de aliviar los escondidos dolores, que la portera se quedó encantada y se hizo lenguas del entusiasmo y de la virtud de la recién venida.

La Madre Rectora misma se mostró complacidísima con semejante decisión. Sin embargo, por algo cubría su toca las canas de la experiencia y se había curtido su alma en el sufrimiento de la leprosería, y no dejó de hacer á la Hermana Asunción algunas reflexiones amistosas.

—Yo me congratulo—le dijo—de que traiga esos decididos propósitos y posea ese valiente espíritu, tan raro en la juventud, y más aun en quien da los primeros pasos en el camino de espinas que ha emprendido. Dios nuestro Señor, que es la suma bondad, y Santa Isabel, reina de Hungría, cuyo día es hoy y que tanto hizo por los pobrecitos leprosos, le darán fuerzas para cumplir su cometido. Su tarea va á ser abrumadora, de suprema fatiga, exige un heroísmo inmenso, entienda quizás lo contrario. Por mucho que se haya imaginado, la realidad supera á cuanto se haya supuesto.

Estas palabras, brotando en aquella boca que hacía Augusta la permanencia durante lar-

gos años en la leprosería, resonando en la ascética estancia, sobriamente amueblada con sillas de paja y una gran mesa de pino, sobre la que se erguía un Santo Cristo, tenían una gravedad, un eco solemne que imponía. La Hermana Asunción las oyó en silencio y se limitó á contestar con humilde acento, sin levantar los ojos del suelo, pero con la entonación segura de un propósito resuelto y decidido:

—¡Dios me ayudará á cumplir con mi deber, Madre!

III

Y sin embargo vaciló, fué flaca, fué débil. Cuando á la mañana siguiente se encontró ante la primera cama con su palangana en la mano y su esponja, y vió la horrible llaga roja de un leproso, sintió una violenta y repentina revolución en todo su sér y estuvo á punto de soltar la vasija. De su voluntad entera necesitó echar mano para no huir, y sin poder contenerse cerró un instante los ojos y se quedó más blanca que su toca.

El desmayo de espíritu que la acometió fué tan profundo, que los ojos se le llenaron de lágrimas. ¡Cómo! ¿Qué se había hecho de su valor, de su decisión, de sus propósitos? ¿Dónde había ido á parar aquella firmeza de que se creía tan segura? ¿Tan débil era su fe que no sabía imponerse á la repulsión de la carne sangrienta, al cuadro del monstruoso sufrimiento? Mentalmente elevó su pensamiento al cielo, rezó sin mover los labios, y de modo torpe lavó la herida con el agua esterilizada, apretando los dientes, que se empeñaban en rechinar, cerrada la boca, sin encontrar en su turbación la palabra de consuelo que levanta el ánimo decaído y que de sobra comprendía que debía haber pronunciado y que esperaba sin duda el enfermo, quizá extrañado del mutismo de la toca blanca, no habitual en las curaciones.

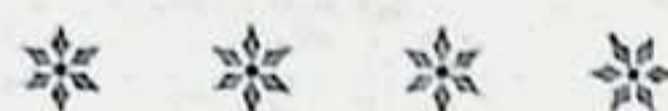
Apenas acabó su tarea corrió desolada á la capilla, se postró en las losas y se puso á rezar á borbotones, atropellándose, devorada por el anhelo impaciente, pidiéndole á Dios las fuerzas para cumplir su misión. Cuando dejó el templo, la calma había vuelto á su espíritu y sentía su valor renacido. Al día siguiente, en la curación matinal acometiéronla congojas y desmayos internos, pero menos intensos, consiguiendo do-

minarlos en el acto. Poco á poco fué acostumbrando á la vista de las llagas y del sufrimiento, y concluyó por ser completamente dueña de sí misma. Dios no la había abandonado.

IV

Entró la Hermana Asunción en la iglesia á pasos lentos, sintiendo el aceleramiento de su corazón. Dos años hacía que no pisaba sus grandes losas. Sobre una de ellas clavó sus rodillas, privándose del regalo del reclinatorio; con anhelante avidez, luego de santiguarse, fijó los ojos en el fresco del altar mayor y, ¡oh prodigio, la Santa y reina también, como en aquella mañana dolorosa, le dirigió una mirada, pero ahora dulce, inefable, de contento, bañada por la luz de una sonrisa. Y lágrimas de tierna gratitud brotaron de los párpados de la Hermana Asunción. Estaba perdonada.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.



SECCION CIENTÍFICA

Contagio é infección

El contagio de las enfermedades, en contraposición con la heredad ó facultad de heredarse éstas por transmisión de padres á hijos por medio de las generaciones sucesivas, es uno de los temas más antiguos, más debatidos y de los que más controversias han ocasionado en todo tiempo. Inútil nos parece insistir más sobre este asunto, que consideramos definitivamente resuelto: no hay enfermedades hereditarias en este sentido; las que como tales figuraban antes en los cuadros nosológicos, han venido á colocarse hoy en la categoría de contagiosas ó de infectivas; ya no hay más que uno que otro autor que se obstinan en sostener á todo trance sus opiniones, á despecho de la razón y de la evidencia de los hechos.

El contagio, empero, puede interpretarse de distintas maneras y prestarse á errores cuyas consecuencias pueden ser trascendentales y funestas en muchos casos. Con los progresos

de la medicina se han ido obteniendo conocimientos más precisos acerca de la naturaleza de algunas enfermedades, lo que ha obligado á los investigadores á emplear ciertas voces nuevas, ó á servirse de las usuales y corrientes en acepciones figuradas ó en sentido restringido, para poder expresar con la debida claridad sus pensamientos.

Contagio, según la definición del Diccionario, es: «transmisión, por contacto inmediato ó mediato, de una enfermedad específica, desde el individuo enfermo al sano.» El adjetivo «contagioso» aplícase á las enfermedades que se pegan y comunican por contagio, y «contagiar» es «comunicar ó pegar una enfermedad contagiosa.»

Según estas definiciones, el hecho de transmitirse una enfermedad específica, del individuo enfermo al sano, por contacto mediato ó inmediato, constituye el contagio, lo que deja suponer que la enfermedad específica de que se trata es contagiosa, es decir, que es comunicable por contacto, ó que se pega porque es contagiosa, en lo que hay petición de principio, puesto que se sienta como hecho lo mismo que es objeto de la cuestión.

Hay cierto número de enfermedades que se transmiten desde el individuo enfermo al sano, que no son, propiamente hablando, contagiosas; á esta clase de enfermedades, á la cual pertenecen la malaria ó paludismo, la fiebre amarilla, la lepra, la filariosis y otras varias, se les aplica en medicina la denominación de infectivas, aunque en rigor, y ateniéndonos sólo á la definición, podrían—y así sucede en el lenguaje común—llamarse también contagiosas, porque infectivo viene de inficionar, y este verbo significa corromper y contagiar. Cuando la Medicina estaba más atrasada que ahora, se creía que infección era—y así la definían los diccionarios—«el estado del aire que contiene efluvios pantanosos, emanaciones pútridas animales ó vegetales y miasmas ó exhalaciones del cuerpo del hombre enfermo.» A estas voces vagas, efluvios, emanaciones, miasmas ó exhalaciones, que nada dicen, se han sustituido otras que precisan y declaran cuáles son los agentes de la infección y cómo obran en la transmisión de las enfermedades.

Tomemos el paludismo como ejemplo del

grupo de las enfermedades infectivas, para tratar de establecer la diferencia que existe entre éstas y las propiamente contagiosas. Un individuo sano entra á una sala de enfermos palúdicos, permanece en contacto con ellos, se acuesta en sus camas, duerme en la misma sala y en la misma cama, usa sus ropas y los enseres de servicio, respira, por consiguiente, el aire que contiene las exhalaciones de los enfermos y las de sus deyecciones, y eso por largo tiempo, sin riesgo ninguno de que se le pegue la enfermedad palúdica, si el hospital está situado en una región exenta de esta endemia. A un lugar, á Bogotá, por ejemplo, llega un palúdico que viene de tierra caliente, de una localidad palúdica, donde ha contraído la enfermedad; se instala en casa de una familia, vive con ella en intimidad, en contacto inmediato, puede dormir en la misma pieza y aun en la misma cama que los miembros sanos de la familia, y hacer uso de los enseres que á ella le sirven, sin el menor riesgo, sin peligro alguno de que la familia contraiga el paludismo por causa del enfermo. En tales casos, preciso es reconocer que el paludismo no es contagioso, que no se pega, que no hay transmisión de la enfermedad específica—como lo es el paludismo—desde el individuo enfermo al sano, por contacto inmediato, porque lo hemos supuesto tan próximo, contiguo y cercano como es posible, ni por contacto mediato, pues no habiendo enfermado ninguna de las personas sanas, no ha podido existir ninguna cosa que mediara entre sanos y enfermos capaz de contagiarlos. Luego la acepción de contagiosa, según la definición de esta voz, no le es aplicable á esta enfermedad en este caso.

El paludismo, sin embargo, es comunicable, es transmisible del enfermo al sano, como lo demostró el profesor Baccei, de Roma, hace mucho tiempo, tomando sangre de un palúdico é inoculándosela á un sano, en el cual se manifestó, pasado un espacio de tiempo llamado período de incubación, la enfermedad palúdica, con los mismos caracteres y síntomas que se observaron en el sujeto de quien se tomó la sangre. Para designar este modo de transmisión de ciertas enfermedades, se emplea con propiedad la voz infección, que, como se ve, no es en este caso sinónima de contagio. Mas

como este modo de transmisión, puramente experimental, no es el que la naturaleza emplea, había que averiguar cómo se adquiere la enfermedad, sabiéndose ya que no se contagia de la manera ordinaria, y que sin embargo es transmisible.

Aunque desde el año 1880 descubrió el Dr. Laveran en la sangre de los palúdicos un parásito que vive en los glóbulos rojos, consumiéndolo su estroma ó contenido, no se vino á saber sino después de algún tiempo, en 1898, por los experimentos del sabio inglés Patrick Manson y de su alumno Ronald Ross, que es un mosquito ó zancudo el que transmite la enfermedad. Hay, pues, en el paludismo—y esto sucede en toda enfermedad infectiva—que considerar dos puntos de importancia capital: la causa de la enfermedad, ó sea el agente que la produce, y el modo ó manera especial de hacerse la contaminación, de inficionarse el organismo.

En el paludismo se conoce muy bien el agente infectivo desde el descubrimiento de Laveran, confirmado después en el transcurso de veinticinco años por innumerables microbiólogos, que no han cesado en todo este tiempo de estudiar este organismo y han dejado fuera de duda su existencia en todo el mundo, dondequiera que reine el paludismo. No podemos aquí entrar en la descripción de sus caracteres—lo que ya hemos hecho en otras publicaciones—y sólo queremos hacer constar que sí existe el hematozoario de Laveran en la sangre de los palúdicos, en Colombia, á pesar de las afirmaciones contrarias que se han hecho recientemente.

En cuanto á la manera de hacerse la infección por medio de los mosquitos, los trabajos de Grassi y de otros muchos autores ilustran suficientemente este punto, aunque sujeto á muchísimas objeciones que el tiempo se encargará de resolver.

Por hoy basta con este ejemplo para explicar lo que ha de entenderse por contagio y por infección, que son dos modos de contaminación cuya distinción es harto importante, porque en ella se funda la profilaxis de esta clase de enfermedades, y bien sabido es que más vale precaver que curar, y que, en todo caso, la aplicación de las medidas profilácticas

carece de eficacia si se hace empíricamente, sin conocimiento de la naturaleza de la enfermedad, y sobre todo del modo de hacerse la contaminación.

JUAN DE D. CARRASQUILLA L.



Crónica de la Caridad

Desde la publicación del número anterior de esta Revista hemos recibido las limosnas siguientes:

	Pesetas.
Testamentaria de D. ^a Francisca Soriano.	25'00
De D. Fernando Amorós, de Biar, por limosna y suscripción.	29'50
Testamentaria del E. S. D. José M. ^a Esperanza (Madrid).	250'00
Albaceas testamentarios de D. ^a Leonarda Ventura, viuda de Plou.	1.000'00
Testamentaria de D. ^a María Orberá.	125'00
De D. Francisco Gómez, Patrono.	1.000'00
De D. Juan Vallier, Patrono.	1.000'00
De D. Agustín Gisbert, de Alcoy, por suscripción.	1'50
Del Excmo. Sr. Marqués del Bosch.	1.000'00
De D. ^a Carmen Bremón.	50'00
De D. Luis Jáudenes.	50'00
De D. Mariano Frígola.	100'00
De D. Carlos Carbonell.	100'00
De D. Ramón Reig.	100'00
De D. José Elías.	100'00
De D. ^a Elisa Cialdini, por suscripción.	1'50
La misma por limosna.	5'00
D. José Rodrigo Pertegás, por suscripción.	3'00
D. José García, por íd.	1'50
D. Vicente Ferrer, de Játiva, por íd.	1'50

Tip. Moderna, Avellanas, 11, Valencia



CARIDAD

HEROICA

Para perfecto conocimiento de la importancia del Sanatorio se ha escrito un libro que lleva este título, editado con gran lujo é ilustrado con más de 100 grabados; consta de 187 hojas, papel satinado, tamaño folio mayor, y cuya adquisición puede conseguirse mediante una limosna que no baje de 25 pesetas en favor de los pobres leprosos.

En la primera de las tres partes en que el texto se divide se trata de la lepra desde antes de Jesucristo, haciendo notar la predilección de Dios acerca de los leprosos, los mártires de los atacados de este mal, y el cuadro sinóptico de la ley y conocimiento de la enfermedad leprosa, según Moisés.

En segundo término da á conocer los dictámenes que sobre «La lepra en España» han emitido los Dres. Peset, Poquet, Calatayud, Hernando, Zuriaga, Iranzo Piqueras y De la Sota, y los Congresos internacionales de higiene y demografía.

Y se ocupa, por último, del origen, aprobación y asiento de la Colonia-Sanatorio, la que ofrece como remedio al mal de lepra; del apoyo moral y científico de la nación, incluyendo las bendiciones del Episcopado español y la última palabra de la ciencia, terminando con un hermoso capítulo titulado *Digitus Dei est hic*, en el que se demuestra es verdadera obra de Dios la Leprosería Nacional de San Francisco de Borja.

